cosas, si no se les enseña al propio tiempo á discurrir inicéándolos en los misterios de mas altas doctrinas; por esta razon, pasando rápidamente sobre ciertos puntos, nos detenemos algo en
los que creemos mas importantes, ya porque encierran principios sobre los cuales conviene fijar la atencion, ya porque dan á
conocer mejor la índole de nuestra literatura. Esta última consideracion nos ha hecho añadir la segunda parte, que se reduce á
un resúmen breve, pero crítico y razonado, de nuestra historia
literaria: de suerte que con esta obrita tendrán los principiantes
lo que no hallarán en ninguna otra, á saber: los principios y reglas generales para la composicion; y una guia que los conduzca
por el inmenso campo de nuestra literatura, para saberla apreciar suficientemente, y conocer lo que deben huir ó estudiar
en ella.

PRIMERA PARTE.

PRINCIPIOS GENERALES DE RETÓRICA Y POÉTICA.

INTRODUCCION.

« Si en alguna cosa, dice Quintiliano, nos ha distinguido el Hacedor de los animales, ha sido en el don de la palabra. Ellos nos vencen en fuerza, paciencia y velocidad; guiados por la sola naturaleza, aprenden luego por sí mismos à correr, nadar y alimentarse: hállanse resguardados del frio, poseen armas naturales con que defenderse, y donde quiera encuentran su alimento; miéntras nada de esto consigue el hombre sino à costa de inmensos trabajos. La razon es, en verdad, uno de nuestros mas bellos atributos; pero ¡ cuán escaso seria su poder sin la facultad de expresar nuestros pensamientos por medio del lenguaje! Luego si no poseemos cosa mejor que la palabra, ¿cuál deberemos cultivar con mas esmero? Y ¿qué objeto mas digno de nuestro anhelo que el hacernos por medio de ella tan superiores à nuestros semejantes, como estos, por la misma causa, lo son ya à los demas seres de la creacion? »

Si la palabra por sí sola es ya tan eficaz, su poder creció sobremanera cuando se inventó el medio de fijarla con signos escritos : y ha llegado á su colmo desde que la imprenta la multiplica indefinidamente. Sus efectos ántes eran solo momentáneos, reducidos al acto de pronunciarla : ahora, salva ya los tiempos y las distancias; y los hombres, por decirlo así, pueden hacer oir su voz en las partes mas recónditas del globo, y hasta los siglos mas remotos. Así, la palabra es una potencia que conmueve á los hombres, trastorna los gobiernos y manda al universo; y cuando ménos ambiciosa se limita á fines mas humanos, procura una instruccion provechosa, ó recrea los ánimos agradablemente.

El arte, pues, de hablar y escribir con perfeccion, es un arte que d ben los hombres poseer como indispensable, no solo para los altos fin de la sociedad, sino tambien para los usos mas comunes de la vie Pero este arte, ¿lo puede adquirir el individuo por sí solo, en virt de sus propios recursos, sin mas esfuerzos que los de su ingenio; ó n cesita preceptos, reglas que le señalen el sendero que ha de seguir pa no perderse? ¿Deberá el hombre entregarse á sus propias inspiracion ó convendrá cortar el vuelo á estas para corregir sus extravios y darle la direccion oportuna? En suma, el arte de hablar y escribir, ¿necesi ó no reglas? Esta es la primera cuestion que se nos ofrece, cuestion mas interesante ahora que nunca, pues hemos llegado à tiempos en que se ha dado en despreciar las reglas como rémoras de la imaginacion que coartan y deslucen sus mas nobles destellos.

HE

En primer lugar, ¿es cosa fácil, es dado á todos los hombres el escribir bien en cualquier género? No por cierto, y la experiencia nos dice todos los dias que, aun con talento, con instruccion, sugetos hay que escriben pésimamente. Luego existen escritores buenos y escritores malos, como existen médicos, abogados y pintores con ambas cualidades. Es decir, que el escribir es como todas las cosas que se pueden hacer bien y hacer mal; lo primero cuando se ha aprendido á hacerlo, y lo segundo cuando no. Pero aprender à hacer bien una cosa, es estudiar los medios que deben emplearse para lograr este intento, y tales medios no son otra cosa mas que las reglas. ¿ Qué hay en el arte de escribir que le diferencie de las demas artes, para eximirle de la pension comun á todas? ¿Por qué se necesitarán reglas y estudios para ser un buen pintor, y no se habrán menester para ser orador ó poeta? Los estudios serán distintos, pero al cabo tendrán que hacerse los necesarios en uno y otro caso.

Cierto es que, aun despues de estos estudios, aun conociendo todas las reglas del arte, se podrá ser un pobre escritor; mas lo propio les sucederá en su caso respectivo al pintor, al médico, al abogado. ¿Por qué razon? Por una que no depende del hombre : porque existe cierta cosa que no le dan ni los estudios ni las reglas : esta cosa es el

Si es así, nos dirán, queda en el hecho mismo probada la inutilidad ingenio. de las reglas. Desde el momento en que por ellas no se forman los grandes escritores, está demas su estudio. No; porque de no bastar las reglas, no se deduce que sean inútiles. Serán insuficientes, pero sí necesarias. Un hombre sin la disposicion natural no logrará ser con reglas buen poeta; pero, aun con los mas bellos dotes de la naturaleza, podrá ser por falta de ellas un perverso escritor. Ademas, su estudio, si no da el ingenio, suple por él hasta cierto punto. Sin este requisito, concedido à pocos hombres, se forman todos los dias, mediante el estudio de las reglas, buenos abogados, apreciables médicos, regulares escritores Un hombre extraordinario en todas las carreras es una excepcion, y por esta excepcion no se deben medir todos los demas que comunmente no

pasan de la medianía, y que sin el apoyo de las reglas quedarian reducidos á una ignominiosa nulidad. Fuera de esto, mas hombres grandes se cuentan extraviados por el desprecio de las reglas, que perdidos por su observancia.

Es grande error creer que coartan la imaginacion y el ingenio : jamas ha sucedido esto, así como jamas las trabas de la versificacion han impedido que hubiese grandes poetas. Solo la debilidad se asusta de tales estorbos; la fortaleza no los teme : ántes bien se complace en marchar sujeta á ellos con tanto desembarazo como si no existiesen; y hasta saca nuevos brios de la lucha que necesita emprender para vencerlos.

Pero dice : grandes poetas han existido que sin conocer esas reglas han hecho obras inmortales. Es cierto. Los modelos en todo género han precedido á los preceptos. El hombre de grande ingenio ha creado aquellos modelos, y solo tras de él ha venido el hombre observador que, analizando sus obras, ha descubierto sus secretos y ha formado el arte. ¿Luego el primero ha escrito hasta llegar à la perfecion sin conocimiento del arte? ¿Luego este arte, ó no existe, ó lo poseen instintivamente los grandes escritores? Esto merece explicacion. Los primeros ensayos en todo género han debido ser, y han sido en realidad muy imperfectos. El arte de escribir, como todas, se ha formado mediante una serie de ideas que, comparadas entre sí, han ido/en progresiva mejora; es fruto de la experiencia, de la imitacion, de la emulacion entre los ingenios. ¡Cuántos poetas se conocieron antes de que escribiese Homero! ¡Guántos oradores primero que Demóstenes y Ciceron produjeron sus admirables arengas! Los defectos de los que abren la carrera son siempre la escuela de sus sucesores.

Los grandes hombres que se citan son ellos mismos una prueba de lo que sostenemos. Góngora, aquel de nuestros poetas que tal vez nació con mas brillantes dotes, no tuvo rival miéntras observó las reglas de la buena composicion; y decayó lastimosamente, se convirtió en una especie de delirante, cuando se empeñó en quebrantarlas, haciendo alarde de extraviarse por nuevas y extrañas sendas. Lope de Vega, por no refrenar su imaginacion, produjo mucho, es cierto; asombró con su maravillosa fecundidad; mas no dejó ninguna obra perfecta, ninguna que no esté deslucida con defectos de gran cuenta. Flojo, desmayado, incorrecto, prosaico muchas veces, sus eminentes cualidades, que dirigidas por el arte se hubieran fortalecido para mostrarse en todo su esplendor, degeneraron en los vicios de que está siempre toda virtud cercada. Lo mismo podria decirse de otros ingenios que ó bien se han malogrado, ó bien no han alcanzado la perfeccion que con mas arte

Se añade todavía, muchos de estos escritores no ignoraban las reglas, sino que las han violado á sabiendas, sacando grandes bellezas de su violacion misma. Es verdad; pero si han quebrantado algunos preceptos, ha sido para seguir la primera de todas las reglas : la de sacrificar lo ménos para obtener lo mas. Cuando existe cierta clase de bellezas

que no es dable alcanzar sino cometiendo una falta, ¿cuál es entónces la regla de la razon y del buen gusto ? Examinar si las bellezas son tales que hagan olvidar la falta, y en semejante caso no hay que titubear. Esto es tan conforme á los buenos principios, que los mas rigorosos preceptistas lo han prescrito, y el mismo Boileau, el mas severo de todos, dice: « Á veces un ingenio robusto, demasiado contenido en su carrera por el rigor del arte, quebranta las reglas prescritas, y el arte mismo le enseña á traspasar sus propios límites. » Mas para hacer esto, es preciso sentirse con grandes fuerzas. El rápido alazan atraviesa victoriosamente de un salto el ancho precipicio donde se estrella el pesado é incauto jumento: y cuando se ven tales medios empleados por los grandes hombres, se debe recordar á sus débiles imitadores aquel verso de Ariosto al hablar de las armas de Orlando:

HE

Nadie las mueva Que estar no pueda con Orlando à prueba.

Aun hay mas: los grandes ingenios de que hablamos han quebrantado muchas de las antiguas reglas porque han debido hacerlo, y porque el arte en su época ha tenido que variar hasta cierto punto de objeto y de forma. Este es punto en cuyo examen se entrará á su tiempo; pero aun entónces veremos que si hay reglas que por razones que no son de este lugar han podido modificarse, existen otras que están fundadas en los principios eternos de la razon, y por lo tanto nunca se infringirán impunemente.

SECCION PRIMERA.

REGLAS COMUNES Á TODA CLASE DE ESCRITOS.

CAPITULO I.

De las partes constitutivas de un escrito.

Dos cosas esenciales contituven todo escrito, ya sea en verso, ya sea en prosa : los pensamientos y las palabras con que estos pensamientos están expresados, es decir, el lenguaje. Para que un escrito sea perfecto, es preciso que á la par lo sean tambien ambas cosas. En vano se engalanará un pensamiento necio con todos los atavíos del lenguaje; en vano, asimismo, será el pensamiento bueno si está expresado de un modo confuso ó desaliñado; en los dos casos el escrito deberá tenerse por defectuoso, y merecerá desprecio.

El pensamiento constituye la bondad intrínseca de un escrito; el lenguaje su belleza exterior. Puede haber quien crea mas esencial lo primero; quien ceda mas à los encantos de lo segundo; en realidad existen hombres, existen naciones, à quienes lo uno y lo otro sucede; en esto mismo suele estribar la diferencia esencial entre várias literaturas; pero nadie habrá que dé su aprecio à obras donde esté totalmente desatendida cualquiera de estas dos partes, y si logran tales obras una aura momentánea, la posteridad las dejará hundirse en el olvido que

Lo primero que al componer un escrito se necesita hacer, es hallar el pensamiento, ó la serie de pensamientos que deben constituirle: sigue despues la eleccion y colocacion de las palabras con que ha de ser extressão. Estas dos operaciones, sin embargo, son en la práctica casi sitanto peas, pues por lo regular sale ya el pensamiento de la cabeza Las

Las ritor con la correspondiente frase que le expresa. Así deberia ser pre a ritor con la correspondiente frase que le expresion tienen que estar, por dispei así, vaciados en un mismo molde, si han de corresponder exaccierta e el uno al otro. No obstante, como en realidad la creacion del rían (iento es siempre en algo anterior à la expresion, como esta bello, con frecuencia modificaciones y enmiendas posteriores, trataretos à si mero de lo relativo al pensamiento, y luego de lo que pertenece decir, aje: siendo de advertir que todo cuanto digamos acerca de esser act puntos es comun à los escritos en prosa y à las composiciones primer

CAPÍTULO II.

De los pensamientos.

En literatura es llama pensamiento á todo lo que el hombre quiere comunicar cuando habla ó cuando escribe. El pensamiento nace, pues, del objeto que se propone el escritor, de la instruccion que tiene y del ingenio con que le ha dotado el cielo. Para hallar los pensamientos no existen por consiguiente reglas; pero como los pensamientos que ocurran sobre cualquier asunto pueden ser muchos y varios, como no todos deben adoptarse, ya por no ser necesarios, ya por vicios que tengan, se hace indispensable la eleccion, y para esta eleccion sí que se pueden dar algunas reglas.

HF

La primera virtud que debe tener todo pensamiento es la de su conformidad con la naturaleza de las cosas à que se refiere, es decir, que debe ser verdadero. Si falta este requisito, el pensamiento es falso. Ningun pensamiento falso debe admittirse por brillante que parezca, sobre todo en escritos serios y dirigidos à la instruccion; pero en los que solo tienen por objeto deleitarnos, basta à veces la verdad relativa, ó la conformidad con las cosas cuales deberian ser, admitidas ciertas disposiciones.

Nace el valor, no se adquiere; este pensamiento de Saavedra Fajardo es falso tomado de un modo absoluto; pero podrá tener una verdad relativa si se admite que existen clases en que el valor es mas natural que en otras, llevándolo, por decirlo así, en la sangre.

Los pensamientos falsos se permiten no obstante en los escritos jocosos, porque entónces producen un contraste, que por lo ingenioso agrada; pero se necesita mucho tino en el uso de esta licencia arriesgada.

El pensamiento ha de ser tambien claro, de suerte que à primera vista y sin esfuerzo alguno, se entienda. Esta es circunstancia indispensable en todo escrito: solo en obras de cierta clase, y para pocas personas està bien que el pensamiento requiera alguna ligera meditacion; es decir, que sea profundo; pero en ningun caso debe pasar à ser oscuro, ni ménos cofunso ó embrollado, y lo es cuando se necesita pensar mucho para adivinar su sentido, ó cuando aun así, no es posible descifrarlo.

A veces halla el escritor algun pensamiento que á nadie hasta él has ocurrido; entónces este pensamiento es nuevo, y se tiene por un fen hallazgo, reputándose como belleza, porque sobrecoge nuest o ánim contra toda expectacion; pero esto es raro, y con mas fre lencia se emplean pensamientos que por lo conocidos y repetidos son comunes y aun triviales. En este caso, la habilidad del escritor consiste en anadir les algunas circunstancias que los presenten con cierto aire de novedad. Por ejemplo, el decir: fulano nació en tal parte, nada tiene de nuevo; pero si se dice como Rioja: Alli rodaron de marfil y orolas cunas, se dará á aquel pensamiento tan trivial una novedad que sorprende y agrada.

Es preciso, sin embargo, mucho tacto en esta clase de adornos, por

que pueden degenerar en ridículos cuando no están en su lugar. ¡Murió mi amigo y aun vivo yo! Es una expresion sencilla, pero sentida. Si en su lugar se dice: ¡Mi amigo ha bajado al sombrio imperio de los muertos, y yo todavia gozo de la pura luz del radiante astro del dia! se cometerá una extravagancia, que haria reir á los

Para evitar esta extravagancia, es indispensable que el pensamiento tenga tan íntima conexion con el asunto, que se deduzca de él naturalmente : es entónces natural. Guando Garcilaso hace decir à un pastor que su querida es mas blanca que la leche y mas bella que el prado por abril de flores lleno, este pensamiento es natural, atendida la clase del sugeto que lo emplea, y no lo seria ya en un potentado cuya idea de la belleza ha de cifrarse en otros objetos que los campestres. Cuando el mismo pastor dice que su querida es dulce y sabrosa mas que la fruta del cercado ajeno, hay ya cierta violencia en el pensamiento, porque para comprenderlo bien, se necesita agregar à él otras ideas que no se deducen naturalmente del aspecto del campo : este pensamiento deja, pues, de ser natural y pasa à ser ingenioso.

Aun puede suceder mas : y es que el pensamiento se cubra con un ligero velo, como para dejar el placer de adivinarlo ó completarlo, añadiendo el oyente alguna ligera circunstancia que le falta. Los emperadores romanos tomaban el dictado de padres de la patria desde el momento en que ascendian al trono. Trajano lo rehusó durante mucho tiempo, y no lo admitió sino cuando creyó haberlo merecido. Plinio, su panegirista, le dijo con este motivo : Sois el único á quien ha sido dado ser padre de la patria sin serlo todavia. Este es un pensamiento

Pero si pasa adelante el pensamiento, descubriendo el estudio y trabajo del escritor, degenera en sutil, y por último llegará a ser alambicado cuando apénas se descubra una ligerísima relacion entre las

ideas de que consta.

En toda composicion los pensamientos deben ser naturales, no violentos. Los ingeniosos y delicados se admiten con economía: los sutiles no deben ser sino muy raros y en ocasion oportuna; pero sobre todo se han de desechar los alambicados.

Por último, un pensamiento prueba lo que el escritor intenta probar : ó no lo prueba. En el primer caso es sólido, en el segundo es fútil. Admítase aquel, deséchese este. Los pensamientos fútiles suelen presentarse, no obstante, con cierta brillantez, y deslumbran : por lo tanto es necesario mucha precaucion en esta parte.

Las cualidades que acabamos de manifestar son las que deben siempre acompañar al pensamiento, porque este en ningun caso puede dispensarse de ser verdadero, claro, natural, sólido y presentado con cierta novedad. Hay otras que tambien pueden tener, pero que varían con la naturaleza del asunto de que se trata. Este puede ser bello, majestuoso, sublime, gracioso, jocoso, burlesco; y los pensamientos à su vez han de tener respectivamente las mismas cualidades, quiere decir, que los pensamientos, ademas de las dotes ya citadas, deben ser acomodados al tono general y dominante de la obra en que se quiere emplearlos. Para esto no hay ni puede haber regla alguna. En primer lugar, la idea de lo bello, de lo grande, de lo gracioso, etc.,

es una idea simple, de pura sensacion; y en segundo lugar, el gusto, el tacto, el talento de cada escritor, es el que únicamente puede juzgar de la conveniencia del pensamiento con el asunto. Esto requiere un particular cuidado, porque constituye gran parte del mérito de las obras, y nada disgusta tanto como el desacuerdo entre dos cosas que deben caminar perfectamente unidas. Si por ejemplo se queja una mujer del desvío de su amante, ¿qué diferentes pensamientos deberán ocurrírsele atendida su edad, su estado, su clase, sus riquezas, las circunstancias que hayan acompañado al abandono, y tambien las que concurran en el amante olvidadizo? La atenta observacion de la naturaleza, el estudio del corazon humano y de los diferentes caractéres de los hombres, pueden solamente dar este tacto difícil que forma á veces el mérito esencial de los grandes escritores. La contínua lectura de estos, y el análisis de sus obras, enseñan tambien mas que cuantas reglas pudieran darse.

CAPITULO III.

Del lenguaje.

El lenguaje, ó la expresion de los pensamientos por medio de la palabra, consta de dos partes principales. Las voces y cláusulas. Cada una de estas dos partes merece ser considerada separadamente.

ARTICULO I.

De las voces.

Las voces deben ser puras, correctas, claras, propias, exactas, naturales, decentes y oportunas.

Se entiende por pureza la conformidad de una voz con el uso, árbitro y legislador del lenguaje. Pero este uso ha de ser legitimado por un largo trascurso de tiempo, y ha de apoyarse, si puede ser, en la autoridad de escritores de nota : en el lenguaje comun, y aun en muchos escritos modernos, se emplean voces tomadas de idiomas extraños, sin haber recibido todavia carta de naturaleza. Solo se deben usar palabras realmente castizas, y aun estas tomadas en el sentido que tienen en castellano, de ningun modo en el que les da otra lengua. Esta regla es tanto mas necesaria ahora, cuanto que la lectura de libros extranjeros, principalmente franceses, hace faltar à ella con lastimosa frecuencia. Es cierto que los progresos de la civilizacion suelen exigir la admision de voces nuevas que no tienen correspondencia castellana; mas esto no es siempre tan necesario como muchos creen, y antes de hacerlo conviene examinar si existe alguna palabra que se puede emplear con oportunidad y sin menoscabo de la lengua. Las voces nuevas no han de admitirse sino cuando lo exija imperiosamente la necesidad, es decir, cuando no haya otro medio de expresar la idea, y en tal caso se debe cuidar de que su terminacion sea la que prescribe el caracter de nuestro idioma.

Algunos, por huir del extranjerismo, incurren en otro defecto contrário, empleando palabras anticuadas ó arcaismos. El uso de ellas, cuando es moderado, suele dar realce al lenguaje; pero este uso es

mas permitido en verso que en prosa, porque la prosa entónces ad-

quiere un aire afectado que la desluce. Algunos condenan el rigorismo en la pureza de las voces como opuesto à la perfeccion del lenguaje; mas esta perfeccion no consiste en admitir innovaciones no necesarias, sino en estudiar bien la lengua y buscar los recursos que ofrece. Las innovaciones son ménos peligrosas cuando no existe literatura nacional; pero habiéndola, se corre riesgo de inutilizarla si las frecuentes variaciones del idioma llegan à formar de él un idioma nuevo. En breve no se entenderian nuestros buenos escritores quedando muchos olvidados. Ademas, es preciso advertir que miéntras una lengua está en mantillas, no produce autores de nota, sino escritores cuyos esfuerzos se pierden en perfeccionarla. Luego que lo han conseguido, luego que el idioma se ha hecho capaz de expresar toda clase de ideas, de acomodarse á toda especie de asuntos, es cuando casi por encanto nacen multitud de hombres que se apoderan de aquel instrumento nuevo y producen obras inmortales. La creacion de una literatura nacional vária y extensa, es un fenómeno que prueba que la lengua ha llegado à su perfeccion. Mas allà, solo consiente ya tal cual modificacion de poca monta en casos especiales; pero toda innovacion sustancial la lanza en una senda de ruina que

acabaria con ella.

La correccion de las palabras consiste en usarlas tales cuales son, sin acortarlas ni alargarlas. Nuestra lengua no tiene en esto la latitud que la italiana; donde casi todas las voces admiten supresion de vocaque la italiana; donde casi todas las voces admiten supresion de voca-les: solo en un corto número de palabras nos es permitida esta li-

Las voces de un escrito deben ser claras para todo aquel á quien va

dirigido. Esta claridad puede faltar:

1º Por ejemplo de voces técnicas, es decir, pertenecientes á ciencias ó artes. Este defecto se ha hecho en el dia bastante general. Se dice la artes. Este defecto se ha hecho en el dia bastante general. Se dice la aberración de las opiniones, el apogeo de la fortuna de un hombre, un discurso saturado de odio, etc., etc.: voces todas tomadas de las ciencias naturales y que no muchos entienden.

2º Por el uso de voces cultas ó tomadas de lenguas sábias. Algunos de nuestros poetas pecaron tanto en este punto que se dió á este modo de hablar el nombre de culteranismo. Semejante defecto tiene por forde hablar el nombre de culteranismo.

tuna ahora pocos partidarios.

3º Hay palabras que tienen doble sentido, y cuya significacion puede ser equivoca. El empleo de estas voces suele ser agradable en los escritos festivos porque da lugar á chistes llenos de gracia; pero está en teramente fuera de lugar en las obras sérias de lus que debe ser del todo desterrado.

Quevedo puede muy bien decir en un romance jocoso:

Mas Alcaides he tenido
que el castillo de Milan,
mas guardas que el monumento,
mas hierros que el Alcoran,
mas sentencias que el Derecho,
mas causas que el no pagar,
mas autos que el dia del Corpus
Mas registros que el misal